



FOTOHISTORIA DE CARTAGENA

LUIS MIGUEL PÉREZ ADÁN
Historiador y documentalista



Monumento a Isidoro Máiquez en la plaza de San Francisco.

Máiquez y la escena eterna de Cartagena

Hay gestos que, repetidos año tras año, terminan por convertirse en actos de afirmación colectiva. El homenaje a Isidoro Máiquez cada 17 de marzo en la plaza de San Francisco es uno de ellos. No es solo una corona de laurel, ni un discurso institucional, ni siquiera la emoción contenida de quienes aman el teatro. Es algo más profundo: es la constatación de que Cartagena ha sido, es y debe seguir siendo una ciudad de escena.

Conviene decirlo claro: cuando Isidoro Máiquez vino al mundo en 1768, Cartagena llevaba más de siglo y medio respirando teatro. Su genio no surge en el vacío. Surge en una ciudad que ya tenía tradición, estructura y público. Porque el teatro en Cartagena se documenta de forma sólida desde finales del siglo XVI. En torno a 1580 ya hay noticias de representaciones en espacios provisionales, muchas veces vinculados a instalaciones militares o edificios de uso múltiple como eran las Casas del Rey. Aquello era una solución funcional, pero insuficiente para una ciudad en crecimiento.

Y Cartagena crecía. Crecía en población, en actividad económica y, sobre todo, en importancia estratégica dentro del sistema portuario de la Mo-

narquía. Esa realidad exigía algo más que improvisación. Exigía estructura.

Por eso, en 1614, el Concejo da un paso decisivo: ordena la construcción de una casa de comedias estable, con ubicación estratégica en el eje urbano principal, concretamente entre la calle Mayor y Bodegones junto al Hospital de Santa Ana. No es un capricho cultural. Es una decisión política. Cartagena quiere estar en el mapa del teatro español y para ello tenemos constancia documental en nuestro Archivo Municipal de cómo fue esa construcción.

Aquel corral de comedias no solo acogía representaciones, sino que se integraba en la vida económica de la ciudad. Su explotación generaba ingresos, su actividad atraía compañías y su programación conectaba a Cartagena con los circuitos teatrales del Siglo de Oro.

Pero hay un matiz clave que conviene subrayar: el teatro en Cartagena no era un lujo de élites. Era un fenómeno transversal. En sus gradas convivían marineros, comerciantes, oficiales, clérigos y vecinos. Era, en esencia, un espacio de encuentro social.

El puerto jugó un papel determinante. La llegada constante de flotas y escuadras con-



2026 Acto de homenaje a Máiquez en el aniversario de su nacimiento.



Quizás el año del centenario sea una buena oportunidad para devolver el monumento a Máiquez a su lugar original.

vertía la ciudad en un punto de tránsito humano permanente. Y donde hay tránsito, hay demanda cultural. Cartagena no era una parada secundaria: era una plaza rentable en donde las compañías consolidadas del panorama teatral español recalaban en la ciudad, con repertorios actualizados y estruc-

las del Corpus Christi, convertían la ciudad en un espacio escénico abierto. Autos sacramentales, danzas, música y elementos visuales formaban parte de un espectáculo total que implicaba a toda la ciudadanía.

A lo largo del siglo XVII, el corral de comedias fue objeto de reformas continuas. Se ampliaron espacios, se reforzaron estructuras y se mejoraron condiciones para actores y espectadores. No se trataba de mantener lo existente, sino de evolucionar. Cartagena no fue una ciudad que tuviera teatro. Fue una ciudad que apostó por el teatro. Que lo entendió como herramienta de prestigio, de cohesión y de proyección exterior. En ese ecosistema nace, dos siglos después, Isidoro Máiquez.

Y aquí conviene poner las cosas en su sitio. Máiquez no solo fue un gran actor. Fue un reformador. Introdujo una interpretación basada en la naturalidad, rompió con la rigidez declamatoria del teatro anterior y dignificó la profesión en un momento en el que ser actor no siempre estaba bien considerado. Cambió las reglas del juego.

Hoy, cuando vemos a cartageneros y cartageneras rendirle homenaje, cuando escuchamos textos interpretados en su memoria, cuando representantes públicos subrayan su figura como referente cultural, lo que realmente estamos haciendo es reconocernos en esa historia.

El hecho de que en 2027 se cumpla el centenario de la instalación de su monumento en la plaza de San Francisco no es una efeméride más. Es una oportunidad. Una oportunidad para reflexionar sobre qué hacemos con nuestro legado cultural y quizás sea el momento de devolver al centro de la Glorieta de San Francisco la escultura de Máiquez que, es donde debe estar, pues fue concebida para estar allí y no en donde se encuentra actualmente.

El concejal de Cultura, Ignacio Jáudenes, lo decía con claridad el pasado martes en el homenaje: Máiquez es probablemente el cartagenero más universal en el mundo del teatro. Y no le falta razón. Pero añadiría algo más: con su genio, llevó el nombre de Cartagena a los escenarios de toda España. Pero la ciudad ya había hecho el trabajo previo. Había creado el contexto. Había generado la base.

Porque el teatro, como la propia ciudad, no vive del pasado. Vive de quienes son capaces de mantenerlo en pie.



En este documento del Archivo Municipal se describe cómo se debía construir la Casa de Comedias de 1614.

turas profesionales. Aquí se representaban comedias nuevas, aquí se probaban textos, aquí se cerraban contratos.

Porque el teatro no se limitaba a este edificio. Las celebraciones públicas, especialmente